

NOTICIAS DEL FRENTE

Guillermo Busutil



TROPO EDITORES



**TROPO
EDITORES**

Tropo Editores S. L.
Estudios 15-17, 5. A 50001 Zaragoza, España
www.tropoeditores.com
info@tropoeditores.com

©Guillermo Busutil 2014
©De esta edición: Tropo Editores 2014

ISBN: 978-84-96911-74-1
Depósito legal: Z-469-2014
Impreso en España - Printed in Spain
Colección Voces, N. 33

Diseño y maqueta: Oscar Sanmartín Vargas
Ilustración de cubierta: Oscar Sanmartín Vargas

Impreso en
INO Reproducciones, S. A.
Polígono Malpica. Calle E, 32-39 (Inbisa II, nave 35)
50016 Zaragoza
Tel. 976 59 78 18

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Fue en España donde los hombres aprendieron que es posible
tener razón y, aún así, sufrir la derrota, que la fuerza
puede vencer al espíritu, y que hay momentos en que el coraje
no tiene recompensa.

ALBERT CAMUS

«¿Tus planes, tus ambiciones, tus sueños? Todos parecen algo trivial,
un escenario despedazado por una bomba. Sin un sentido,
una razón de ser, un propósito, ¿a quién recurrirá uno?
¿Qué puede uno decir?».

RYSZARD KAPUSCINSKI. *Diario de Varsovia*

El periodismo es un cuento.

MANUEL RIVAS

SOCIEDAD

LA VERDAD EN COMBATE

Los domingos acostumbro a descansar de las batallas. No me afeito. No leo el parte de bajas ni abro ninguna ventana desde la que se vea el humo del frente y sus fantasmas. Tampoco armo la palabra y la disparo. Sé que la guerra sigue. La mía, la de los otros. La del país, la del mundo. La de Siria de la que de repente quieren convertirnos en cómplices. Una vez más, los gobiernos necesitan que creamos en los enemigos y en los héroes. En los pájaros heridos, en los soldados valientes. En los ancianos con la ceguera en blanco, en los niños cuya mirada es un llanto seco, un silencio imborrable. En la infancia en fila india a ras del suelo, con sus pantalones cortos, sus muñecas de trapo, el pie desnudo y borroso al que le falta un zapato. En las madres que levantan su dolor ileso hacia el cielo donde solo se escuchan aviones armados, misiles, los silbidos de la metralla, el grito de su amor entregándose al luto y a la locura. Eternos Goya y Picasso.

Los políticos necesitan que, frente a la televisión, creamos la verdad que nos presentan inocente, ensangrentada, con la vida sobre los hombros del miedo intentando cruzar fronteras, ponerse a salvo en los refugios donde más tarde se librará otra batalla. Siempre lo hacen. La espectacularidad del drama

y las emociones es la coartada con más química en tiempos de guerra. La utilizan en dosis certera. Saben que si la tragedia nos conmueve, y conmovernos debe, es más fácil que apoyemos su sentido de la justicia. Que frente a las cámaras, traje de raya diplomática, de fondo las banderas de los aliados, la voz grave, en primer plano, anuncie la intervención *humanitaria*. El séptimo de caballería con el que Estados Unidos convierte en *síoux* a cualquier enemigo que se atreva a decir «esta tierra es mía». Desde hace siglos, los ciudadanos nos hemos dejado arrastrar a cruzadas que no eran nuestras y de las que volvíamos delincuentes o mendigos. Y más tarde, a desgarradores conflictos bélicos diseñados en un tablero de ajedrez sin reinas, reyes, alfiles ni peones. Las torres son las únicas que permanecen, símbolo y metáfora del poder de la energía de mercado, enrocadas geoestratégicamente. Las otras figuras son yacimientos con grandes reservas de petróleo, nuevos gaseoductos, importantes bolsas de gas natural que prometen millonarios beneficios. Las víctimas, la realidad con el vientre abierto, son lo de menos. Lo que importan son los tesoros de Irak, de Afganistán, de Libia, de Siria, ambicionados por las manos de unos hombres cuyos rostros no conoce ningún periodista sabueso en política, ningún corresponsal curtido como corsario, ninguno de esos cinematográficos asesinos profesionales que tampoco existen ni dejan rastro.

Los domingos acostumbro a descansar de las batallas y el resto de la semana desconfío de la verdad. No la busco entre líneas ni en el mercado negro, en ruedas de prensa ni en comunicados oficiales. Ni siquiera en los foros en la red donde todavía quedan periodistas que cuentan con rigor y libertad los hechos y sus sombras. Ellos también saben que la verdad es una ficción, un imperturbable mercenario, un arma de agresión, un agente doble al servicio de la economía

y sus simulacros. El colega Kapuscinski, maestro de periodistas —apátridas de tierras y del género—, lo dijo de otra manera: «cuando se descubrió que la información era un negocio, la verdad dejó de ser importante». Depende del cristal con el que se mire el ADN, la hermandad o extranjería de los verdugos y de las víctimas, el peligro de la letanía religiosa, de los intereses políticos. La verdad está siempre en combate. De bandos, de medios, de cifras, de mentiras, de errores, de espinas, de infinidad de combinaciones. Siria es el último ejemplo. La nueva obscenidad moral de Estados Unidos, Europa y la Liga Árabe. Después de este tiempo de conflicto, de limpieza étnica de alauíes y de cristianos, de contrabando de armas financiado por califatos y de hipocresía internacional, hay un supuesto ataque químico del Gobierno de Al Assad con miles de víctimas denuncian Médicos Sin Fronteras. Y algunas agencias de noticias. También hay fotografías falsas, la misma información sobre el ataque, difundida días antes de que se produjese, y acerca de la evacuación de la población civil semanas previas. No faltan imágenes dramáticas a pie de una realidad demasiado escénica, dolorosamente real. Diferentes versiones oficiales, rebeldes y *freelance*. Tanta información para no saber nada. Tal vez todas sean piezas de un mismo puzzle o de una «shakespeariana» historia sobre la codicia. La misma que siempre mueve las pasiones de los hombres, las tinieblas de la guerra. Los inspectores de la ONU no averiguarán lo sucedido. Las pruebas serán confusas, se fabricarán a favor o en contra de unos intereses conjurados. La guerra no tiene disco duro. Y de tenerlo, lo habrían borrado. Está de moda. Y mientras, prosigue esta historia sobre cómo a los inviernos de los generales les llegan las primaveras árabes de la democracia a las que las dictaduras islamistas suceden en otoño.

¿Dónde está la verdad? A los tres millones de refugiados no les importa. A los más de cien mil muertos bajo las balas y las bombas de nada les sirve ya conocer su paradero. Tampoco los planificadores del poder económico estadounidense, los denominados *thinktank*, ni sus aliados europeos y árabes tienen interés en un concepto que solo entorpece los negocios. Ni siquiera a la diplomacia, que vuelve a fracasar una vez más a pesar de lo que cuesta mantenerla tan elegante y políglota, le preocupa si la verdad existe o es una incógnita que no despeja nadie. Solo nosotros, los espectadores y víctimas a lo lejos, podemos negarles a los políticos las mentiras y la impunidad con la que la manipulan, la formatean, la trafican y la condenan a ser el único testigo de sí misma. Ojalá la verdad fuese una cometa libre en el sueño a mano de un niño que nunca conozca la guerra.

LOS DÍAS ROTOS

La realidad tiene *un roto*. No es un siete ni un cero desfigurado. Tampoco es un corte ciego ni el gemido de una grieta. Es un roto. Cuadrado, rectangular, perfecto. Un rasgón limpio en blanco y negro. De vez en cuando con un color como metáfora. En la política, en la economía, en la cultura, en la sociedad. Siempre un instante de la historia cotidiana delimitada en unos centímetros escasos. A veces es una acción dibujada. Otras, el silencio de una imagen y su lenguaje. Algunas, un texto desplegado como un latigazo. En ocasiones se funde todo en un poema explosivo que estalla en un roto por el que respira el alma de cualquier injusticia, la denuncia mordaz, la reflexión incisiva del sarcasmo en el mínimo espacio y tiempo significativo.

Es la viñeta diaria con la que El Roto ilumina todo lo oscuro. El pensamiento que se oculta detrás de lo falso, de la crudeza de un acontecimiento o circunstancia. Lo construye a contrarreloj de la actualidad que se dobla a sí misma y se desdice entre la mañana y la tarde, entre una jornada y otra. Su mente mastica despacio un hecho, un suceso, una noticia. En blanco sobre un papel en negro o en negro sobre un papel en blanco —posiblemente ahora será una pantalla

digital— descodificando todo lo que entraña aquello que ha escogido enmarcar. Cabeza y mano, mano y cabeza, una danza espontánea o razonada, trazando la síntesis de la idea. El hallazgo, la creación. Ese tiempo mágico que borra el trabajo, el esfuerzo y la concentración. Solo importa la fuerza de la imagen, de la frase, o de ambas. El impacto duro, hermoso y efímero del nuevo dibujo. Siempre agudo, brillante, colectivamente humano.

Roto todo lo que nos ha estallado en la cara: la recesión económica, los conflictos de clase, la deslegitimación de la política, la decapitación moral de los valores, el feroz retorno del totalitarismo, la corrupción sin escrúpulos, las falsificaciones de la cultura y también la importancia de su significado, el cambio de la educación por el adoctrinamiento, el vacío en la boca del estómago de la ciudadanía. El amargo cuadro existencial de la vida, de frente, expresado desde la emergencia temporal de un dibujo de prensa. «Caían cenizas, pero decían que nevaba». «Envíanos lágrimas, que ya no nos quedan». «Estamos en la era digital, pero a mí siempre me piden papeles». «No podemos aumentar nuestra productividad al ritmo de su codicia». «Me han diagnosticado una enfermedad no rentable, no tengo salvación». Son algunos textos, descarnados golpes de sus viñetas. En otras, solo hay una bandera que ondea con alambre de espino; una pizarra en la que un maestro enseña a sus alumnos el abecedario de OBDC. Un hombre con un fajo de billetes verdes en la mano que jura o saluda sobre el pecho el himno del capitalismo o un policía anti disturbios con un escudo con las iniciales FMI.

Es difícil dibujar el dolor, la angustia, la derrota, el asedio. No es fácil convertir el plomo de la realidad en humor. Aunque ese humor sea corrosivo, irónico, el estoicismo

necesario para sobrevivir a campo abierto de la batalla. Un roto en la máscara y en el discurso que se esconde detrás de cualquier impávido poder contra lo débil o indefenso. Por eso El Roto lo admiramos tanto. Es un poeta ensimismado que dibuja cada día un haiku, como lo ha definido Muñoz Molina. Sí. Un haiku. Y también una actitud filosófica con la que engrasar la disciplina intelectual de pensar lo que sucede. De suavizar la mueca lúcida e inviolable en la que se ha convertido levantarse cada día y creernos vivos. Muchos lectores lo consideran una contraseña crítica, la primera ventana del periódico que se abre para ver, saber, reconocerse entre las bajas o esperar el zafarrancho del combate con algo menos de miedo y algo más de verdad. El empeño de los perdedores es resistir. Hermanarse en el roto de la vida que de lunes a domingo se tiene que zurcir.

Hace falta talento austero, pulso frío, mirada larga y en corto para dedicarse a este tipo de periodismo gráfico, de arte satírico en la dosis exacta, con economía inteligente de lo que se dice, se muestra y se deja en blanco. Es necesario para brindar, como El Roto nos brinda, la seguridad defensiva de una sonrisa, de una conciencia con la que enfrentarse a la realidad. Hace muchos años que lo lleva haciendo, desde 1968, cuando Andrés Rábago García se convirtió en el silencio acrónimo de OPS con dibujos oscuros en *Hermano Lobo*, dadaísmo puro, balanceo moral, destinados a los lectores de la censura, entrenados en completar el contenido en clave de la imagen. *La Codorniz*, *Triunfo*, *Ajoblanco*, revistas enmarcadas como huellas de la memoria. Qué mayor se siente uno al mirar ese tiempo amarillo, cumplido entre 45 y 35 años de inteligentes páginas de rebeldía independiente y contracultura crítica. Cada una de estas revistas, entre otras, fueron el cuartel de invierno en el que nos adiestramos para entrar en la democracia y cambiar

la sociedad. El viejo mundo engominado que regresa de nuevo con el olor de otra colonia, pero la mima soberbia a empujones.

Nunca mueren los fantasmas que gobiernan la ambición del hombre y sus traiciones. Ninguna generación se libra de hacerle frente. En cada una surgen necesarios francotiradores de la palabra y el excelente humorismo gráfico, sarcástico, incisivo, talentoso, imprescindible. Mingote, Chumy Chúmez, Peridis, Martín Morales, Forges, Máximo, Gallego & Rey, Ricardo y Nacho, Rodera, Idígoras & Pachí entre tantos otros maestros que colocan, en la sobriedad de una viñeta, lo amargo de los días rotos en los labios de una sonrisa inteligente. De un pensamiento con el que hacernos más lúcidos, más fuertes.

SHAKESPEARE DIJO «NO»

La vida está «Shakespeare». Todo se mueve entre la ambición desmedida y la deslealtad de *Macbeth* y de *Ricardo III*; la duda paralizadora de *Hamlet*; los temores sobre la sucesión del liderazgo de *Julio César*; el poder de los celos de *Otelo* y la aversión entre la fidelidad y la ingratitud, el amor y el odio, la lucidez y la locura de *El Rey Lear*. Todos los días vivimos las metáforas de sus tragedias. Están presentes en la ludopatía de los mercados y la dictadura económica de Alemania. En este domingo Suresnes del socialismo. En el ninguneo del Gobierno al que fue un presidente temido y peloteado. Y también a Rubalcaba, vientre y cuello de los puñales de aquellos que antaño lo endiosaron al frente de todas las batallas. Cada jornada es el escenario perfecto de las pequeñas conspiraciones en los partidos y las empresas, donde siempre hay cordeiros disfrazados y lobos declarados que se emplean a fondo en minar la labor o los méritos de otros. Ninguno muestra pudor alguno en clavar un cuchillo en la honestidad que pocas veces cubre su espalda. Solo importan la soberbia y la aspiración a usurpar la identidad que se significa en el éxito o la posición de otro. También a diario nos toca la tragedia de sumar al duelo una nueva víctima de mal amor, celoso y encolerizado.

Igual que el desafecto hacia los mayores negándoles un corazón a mano. Lo mismo que el interrogante miedo de ser o no ser rebelde ante los mercaderes, los dramas y sus tempestades.

Shakespeare eterno. Espejo escénico y real en el que el hombre, la sociedad y la política se miran desde hace siglos, reos de sus instintos y de sus máscaras. Incapaces de combatir la oscuridad de su naturaleza y cambiar su arrogante conducta moral. Shakespeare en el alma y en el corazón, en la profecía de una historia de la que no hemos aprendido a escapar sin cobardías, sin mancharnos de sangre y con la mirada limpia. Ni siquiera viendo, una y otra vez, cómo nos representa y nos juzga desde el distanciamiento lúdico del teatro, somos capaces de entender que Shakespeare es una voz en *off* que intenta despertarnos el testigo interior de la conciencia, la dignidad irreductible hasta el último aliento de esperanza y de música. El espíritu de ser justos con las equivocaciones, las vilezas y la verdad. Nuestras y de otros. Claro que no son buenos tiempos para el teatro. Ni siquiera cuando se trata de comedia. Hemos dejado de ver. Hemos dejado de pensar, con palabras y sin ellas. Desde unas décadas hasta este domingo, donde la gente desea poner la mente en blanco al sol, pocos son los que realmente buscan responder al desconcierto. La economía y la política, ambas posmodernas primero, globalizadoras después y castradoras del conocimiento a continuación, tapiaron el jardín de la filosofía donde podíamos encontrar la alquimia del pensamiento como vigilancia e insurrección. Lo habitual, lo fácil, lo popular, es mirar a otro lado o ser avestruz. La evasión es nuestro *best seller* emocional.

Esto explica que Camus, el maestro del periodismo como combate y de la literatura como resistencia, sea una madura canción generacional de una minoritaria izquierda independiente, desencantada y humanista. Aunque el pasado jueves,

centenario de su nacimiento, se convirtió en lo que menos le hubiese gustado. En una efímera efeméride. En cambio, su célebre «*Je me revolte donc nous sommes*», (me rebelo, luego existimos), está más vigente que nunca. Incluso debería ser el *Good morning, Vietnam* de cada día. Y su más conocida fotografía (casi de perfil la derrota del cigarrillo que resiste sin humo, simbólico gesto del soldado escéptico, curtido en lo difícil del revés y el derecho, levantado el cuello del abrigo contra el frío de la muerte y de la vida, lúcida la mirada de quien comprende el lenguaje del silencio, la tragedia del combate y su grandeza) tendría que ser idea, acción y resistencia en nuestra manera cotidiana de pelear contra los injustos veredictos de la realidad. Batalla en una democracia donde la política se entoca a si misma, formatea el lenguaje, desactiva el debate, *el dessensus*, como explica Cristian Salmón en su excelente libro *Economía Caníbal*.

En una sociedad en la que predomina la folletinización de la vida política y en la que la mayoría de sus representantes no son una figura de autoridad, sino personajes de un culebrón o una serie B de televisión, solo nos quedan dos opciones: ir apagándonos en blanco y negro en medio de la peste, o ser rebeldes con dignidad y valor, en pugna con el miedo que nos dejó el siglo XX y el abismo que nos abre el XXI —como señaló Camus—. Y combatir también las estructuras totalitarias —sean económicas, políticas o personales—, que ponen en estado de sitio la ética, la conciencia, la ternura y la libertad. Hay gente que lo hace a diario. Desde la solidaridad anónima, el compromiso colectivo o a través del arte que debe estar siempre con aquellos que padecen la historia, no con los que la hacen.

Vivimos la incertidumbre de la contienda. Sin explosiones, sin humo, sin desembarcos. Sin aliados contra el mismo

enemigo que nos vence, mientras los gobiernos colaboracionistas, que lo temen y obedecen, nos lanzan propaganda desde su cielo. Mi amigo Manuel Pétain lo repite incesantemente: la historia se reescribe. Es necesario que de verdad aprendamos de Shakespeare a enfrentarnos a los pecados de la condición humana. De Dostoievski a saber para qué se vive. Y de Camus a ser hombres que dicen «no».